

## *Las Diferencias Psicológicas entre los Grupos Raciales*

*Por Otto KLINEBERG. Extracto del Boletín Internacional de Ciencias Sociales (II.4) traducido por Francisco González Díaz Lombardo, Profesor de la Facultad de Derecho de la U. N. A. M.*

EN la Declaración sobre las cuestiones raciales publicada por la UNESCO, los expertos autores de ella adoptaron una posición clara y precisa respecto de la evaluación de las diferencias psicológicas entre los grupos raciales. Dice así:

“Es generalmente admitido ahora que las pruebas o *tests* psicológicos no permiten por sí mismos separar las aptitudes innatas, por un lado, y las influencias del medio, la educación y la enseñanza, por otro. Todas las veces que ha sido posible eliminar las diferencias debidas a las condiciones del factor psíquico y social, los *tests* han demostrado la semejanza fundamental de los caracteres intelectuales entre los diferentes grupos humanos”.

Esta Declaración ha sido establecida y aprobada por un grupo de sabios que la han formulado tras largo tiempo de investigaciones y trabajos personales sobre la cuestión y que poseen seguramente la documentación necesaria para justificar sus conclusiones. No han podido, sin embargo, en el marco evidentemente limitado de una declaración de este género, sino dar un breve resumen de esta documentación. El presente artículo tiene por objeto exponer algunos de los hechos que justifican la posición tomada por los expertos, y proporcionar ciertos elementos nuevos de apreciación, los cuales vienen a reforzar la con-

vicción de que esta posición es la única sostenible desde el punto de vista científico.

Antes de entrar en detalle respecto de los trabajos de investigación realizados sobre esta materia, puede ser útil notar la rápida evolución de las ideas de un gran número de sabios que han meditado sobre el problema. Los motivos del cambio de opinión que se ha producido son de diverso orden, pero el simple hecho de que se les haya podido observar es ya significativo. Es así como Howard W. Odum, profesor de sociología de la Universidad de Carolina del Norte, en un volumen publicado en 1910 bajo el título de *Social and Mental Traits of the Negro*, expresaba categóricamente su convicción de que los negros eran por naturaleza inferiores a los blancos y en que convenía darles un género de educación apropiado a su indigencia intelectual. Pero en 1936, Odum escribió un artículo sobre *The Errors of Sociology*, aparecido en el volumen 15 de la revista *Social Forces*. Y, entre estos errores, citaba "La tesis *a priori* según la cual las razas serían el producto de factores naturales de diferenciación y no de factores sociológicos resultantes de la acción combinada del medio regional y cultural"

En 1923, Brigham, por entonces profesor de psicología en la Universidad de Princeton, publicó *A Study of American Intelligence*, en donde analiza los resultados obtenidos mediante la aplicación de pruebas de inteligencia a más de un millón de reclutas de la armada estadounidense durante la primera guerra mundial.

Como estos reclutas comprendían numerosos inmigrantes e hijos de inmigrantes, así como también negros, además de otros, Brigham pudo comparar los resultados obtenidos por los diversos grupos étnicos, y comprobar que los blancos mostraban una inteligencia media superior a la de los negros; entre los blancos, los oriundos de Europa septentrional (nórdicos) eran superiores a los originarios de Europa central (alpinos) y éstos superiores a los de Europa Meridional (mediterráneos). Admitió este autor el postulado de que los *tests* señalaban diferencias en la inteligencia innata. El estudio de Brigham tuvo una gran acogida y fue muy citado; se dijo que él mismo había contribuido a determinar la política de inmigración de los Estados Unidos de América.

Pero Brigham mismo, apenas algunos años más tarde, cambió de punto de vista en cuanto a la significación e importancia de su trabajo. Después de haber hecho un estudio de las relaciones entre los diversos procedimientos empleados para realizar sus pruebas de inteligencia, llegó a la conclusión de que el método empleado no era válido desde el punto

de vista científico. Así escribió en un artículo sobre los “Intelligence Tests of Immigrant-Groups aparecido en 1930 en la *Psychological Review*. Como es éste el método que el autor empleó en el análisis hecho de las pruebas psicológicas de la armada, aplicadas a grupos-tipo de reclutas nacidos en el extranjero, las conclusiones que ha podido obtener caen *ipso facto* y con ellas toda la doctrina de las diferenciaciones raciales a las cuales pretendían servir de base científica. Brigham agrega que las dificultades de expresión verbal pueden haber jugado un papel, porque cierto número de personas de los grupos examinados eran bilingües o hablaban su lengua materna mejor que el inglés.

En fin, después de haber examinado minuciosamente todos los aspectos del problema, Brigham concluye que “es imposible proceder a los estudios comparativos de los diversos grupos nacionales y raciales mediante las pruebas o *tests* existentes” y que “uno de los temarios entre los estudios comparativos de los problemas raciales —el del autor— carecía de fundamento”

Damos un último ejemplo, que puede ser interesante, de estas variaciones de opinión. Florence Goodenough, profesora de psicología de la Universidad de Minnesota publicó, en 1926, en el *Journal of Experimental Psychology*, un artículo sobre las “Racial differences of intelligence of School Children”. Utiliza la prueba de la que es autora: “Dibuje usted un hombre”. Después, las cualidades se miden en función de la exactitud del dibujo, haciendo abstracción de su valor estético. Tras señalar que esta prueba no hace intervenir ni la lengua o idioma ni los conocimientos, la señora Goodenough estima que se le puede considerar como una prueba de pura inteligencia, independientemente de la cultura o de la experiencia del sujeto; señala, por otro lado, que los grupos estudiados diferían por los antecedentes económicos, pero juzgaba este hecho carente de relación con los resultados obtenidos. En efecto, escribía: “en conjunto, la inferioridad del medio es un efecto, al menos tanto como una causa, de inferioridad de aptitudes. . . Una persona de inteligencia inferior es llevada naturalmente hacia el medio social en el cual las exigencias económicas son menores. . . sus hijos heredan sus características mentales” En otros términos, la conclusión de la señora Goodenough era que existen, en las aptitudes innatas, diferencias debidas a la raza, y que el estudio de los resultados que da la aplicación de una prueba de inteligencia demuestra la existencia de diferencias de este género.

Recientemente, en septiembre de 1950, en un artículo del *Psychological Bulletin*, escrito en colaboración con Dale B. Harris, y consagrado

a los "Studies in the psychology of children drawings", la profesora Goodenough pasa revista a una buena parte de las investigaciones realizadas mediante la prueba "Dibujen a un hombre", y concluye que los resultados obtenidos constatan la influencia de la cultura y de la formación anterior de los sujetos. Esta prueba no es, pues, "independiente de la cultura" como lo creía anteriormente. En este artículo, la señora Goodenough y el señor Harris tienen que declarar que es iluso querer establecer una prueba independiente de la cultura cuando se trata de una prueba de inteligencia, de aptitudes artísticas, de caracterización personal y social o de otro elemento medible, y que no es posible sostener la ingenua teoría según la cual, el simple hecho de que una prueba no someta a ninguna exigencia verbal, sea suficiente para otorgar a dicha prueba un valor igual para todos los grupos. En una nota, la señora Goodenough declara que el estudio anterior en el que reconocía las diferencias entre los hijos de personas que habían inmigrado a los Estados Unidos de América "no constituye, ciertamente, ninguna excepción a la regla". ¡La autora aprovecha esa ocasión para excusarse!

Si mencionamos aquí estas declaraciones honestas y decididas hechas por tres sabios eminentes, es porque traducen, de la manera más clara, la evolución que se produce en todo este campo científico. Cuando se aplicaban las pruebas a representantes de grupos étnicos diferentes, se iba generalmente con la convicción *a priori* de que este método permitiría medir las aptitudes innatas, y que los resultados obtenidos podían ser interpretados en ese sentido. Desde un principio se elevaron voces que aconsejaban prudencia al respecto y que formulaban críticas; pero éstas constituían una minoría, por lo menos entre los psicólogos. La historia de la aplicación de las pruebas de inteligencia y de aptitudes a los grupos étnicos o raciales, probablemente pudieran resumirse así: Los especialistas han perdido gradualmente la confianza que tenían en las pruebas (o *tests*) consideradas como medio de medir las aptitudes innatas, y progresivamente se han percatado del número y de la complejidad de los factores inherentes al medio que deben tomarse en consideración.

Estos elementos o factores han sido estudiados en muchas publicaciones anteriores, y aquí nos contentaremos simplemente con enumerarlos: educación escolar anterior, medio social y económico, conocimiento más o menos profundo del idioma empleado, experiencia en el género de problemas planteados por las pruebas, experiencia de las pruebas-enfermedad, propensión del orden racional o afectivo a hacerlo bien, actitud psicológica frente a quien interroga, rapidez y ritmo de la actividad, salud psíquica, etc. De estos factores, algunos afectan a un grupo

determinado, otros a otro grupo; vistos en conjunto, prueban la forma en que es imposible hablar de pruebas independientes de toda cultura.

Uno de los métodos a los que se ha recurrido para evitar las dificultades arriba mencionadas, consiste en estudiar las reacciones de los niños cuando son todavía muy jóvenes, o sea por hipótesis, cuando aún no están sometidos a las influencias del medio social. Esto lo señaló Myrtle B. McGraw en 1931, en un artículo intitulado "A comparative study of a Group of Southern White and Negro Infants" publicado en las *Genetic Psychology Monographs*. La señora McGraw estudia a los niños de raza blanca y de raza negra en el curso del primer año de existencia, aplicándoles "pruebas para bebés" utilizadas en Viena por Hetzer y Wolf, bajo la dirección de Charlotte Buehler. Los resultados probaron que los bebés blancos eran, por lo general, netamente superiores a los negros. La autora concluye: "Es significativo el constatar que lo mismo sucede entre los sujetos blancos muy jóvenes del mismo género, y que poco después manifiestan el mismo grado de superioridad que se observa en los grupos de individuos de edad más avanzada".

La dificultad de esta conclusión estriba en que los factores inherentes al medio así como a una edad, nunca se "reducen al mínimo". Las reacciones de un bebé en estos *tests*, dependen en medida muy sensible de su desarrollo psíquico general que, a su vez, depende del valor de su alimentación. Desde este punto de vista, los niños negros se encontraban ciertamente en situación desventajosa. Vivían en hogares más pobres, y mostraban deficiencias de peso. Del solo hecho de la extrema juventud de los niños no se desprende el que estos elementos estén en relación con el problema; antes por el contrario, el lazo entre el desarrollo psíquico y el desarrollo mental es menos notable al principio de la vida que ulteriormente.

En apoyo de esta interpretación, citaremos un estudio de bebés negros y blancos hecho recientemente en New York (Connecticut), por B. Pasammanichm bajo la dirección del profesor Arnold Gesell, de la Universidad de Yale. Los resultados se consignan en un artículo intitulado "A comparative study of the Behavioral development of negro Infants", publicado en el *Journal of Genetics* en 1946. Esta encuesta reveló que, entre los niños negros hay un desarrollo psíquico y psicológico igual al de los blancos. Las pruebas aplicadas no han demostrado la existencia de diferencias significativas entre ambos grupos. El autor subraya que, gracias a la reglamentación muy minuciosa introducida durante la guerra en el campo de la alimentación, las madres de los niños negros de estos grupos eran nodrizas de una manera satisfactoria y, de

hecho, se encontraban en igualdad de situación respecto de las madres de los niños blancos. Por otra parte, el nivel material general de los negros se elevó gracias a las facilidades ofrecidas por las industrias de guerra. Desde entonces, estos bebés negros se encontraban psíquicamente en igualdad con los blancos. De ahí que por ello su desarrollo psicológico no revelara ni inferioridad ni retardo. La uniformización de las condiciones ambientales hizo desaparecer las diferencias entre los dos grupos.

En cuanto esta última observación es de gran importancia para el problema en su conjunto, conviene comentarla con mayor amplitud. Si puede probarse de un modo satisfactorio que la supresión de desigualdades inherentes al medio conducen efectivamente a la desaparición de las manifestaciones de inferioridad en las reacciones frente a las pruebas, el problema estará solucionado. No podrá, en lo sucesivo, fundarse la teoría de las diferencias raciales naturales sobre las pruebas de inteligencia. El estudio de la situación del negro y del indio americano aporta, para la tesis que desarrollamos aquí, los elementos de apreciación simultáneamente más decisivos y adecuados.

Se ha estudiado al negro americano a través de diversas pruebas psicológicas en diversas partes de los Estados Unidos de América. Hace algunos años, el autor de este artículo hizo una revisión en *Characteristics of the American Negro* (1944), con todos los datos disponibles suministrados por los trabajos de investigación, llegando a la conclusión de que, en general, la tasa de inteligencia de los negros americanos era de alrededor de 86, si se representa por 100 la cifra media de la población en su conjunto, lo que permite aceptar una neta inferioridad del negro. Al mismo tiempo, es significativo constatar las limitaciones enormes que presentan las tasas obtenidas por los diversos grupos de niños negros examinados. En un grupo rural de Tennessee, la tasa media de inteligencia fue de 58; en el extremo opuesto, un grupo de Los Angeles (California), se revela superior a la media de la población blanca, alcanzando la cifra de 105. El extraordinario alcance de esa suma está de acuerdo con nuestra teoría de la influencia determinante del medio. En la región rural de Tennessee, los negros pertenecían a un grupo de población que vivía en condiciones materiales extremadamente malas, que frecuentaba escuelas para negros en las que el nivel de la enseñanza era muy bajo, mientras que en California, la discriminación era poco sensible, siendo sus condiciones materiales de existencia mejores y frecuentando los negros las mismas escuelas que los blancos.

J. Peterson y L. H. Lanier, han abordado directamente el problema en un artículo publicado en 1929 e intitulado "Studies in the compa-

rative abilities of Whites and Negroes”, en las *Mental Measurement Monographs*. En su opinión, “un buen medio de verificar la autenticidad de cierta diferencia racial constatada en alguna localidad y en condiciones determinadas consiste en escoger, en medios extremadamente diferentes, individuos que parezcan suficientemente representativos, y en comparar entre sí los resultados obtenidos, con el fin de determinar cuáles son exactamente los elementos que hacen aparecer de una manera constante las diferencias en favor de una o de otra raza”. A este respecto, comparan jóvenes negros y jóvenes blancos tomados de tres ciudades bastante diferentes entre sí: Nashville (Tennessee), Chicago y New York. Los resultados obtenidos fueron los siguientes: en Nashville, o sea, en un Estado del Sur en el que los negros no gozan de las mismas facilidades que los blancos, los jóvenes blancos probaron poseer una marcada superioridad; en Chicago se comprobó que existía una ligera diferencia en favor de los blancos; en New York no se encontró diferencia significativa entre los dos grupos raciales. Estos resultados no son difíciles de comprender si es exacta nuestra hipótesis concerniente a la importancia de los factores inherentes al medio.

Pero, los autores interpretan de otra manera sus observaciones. Creen que si se produce una “migración selectiva”, los negros más enérgicos e inteligentes habrán salido del Sur para encontrar en el Norte un nuevo hogar y una vida mejor. Esto querría decir, que si los negros de los Estados del Norte han comprobado en las pruebas mejor situación no se debería a que viven en un medio superior, sino a que se benefician de una superioridad innata. Peterson y Lanier declaran que en New York —a consecuencia de ese género de migración selectiva—, se encuentra “un grupo selecto de los mejores negros”

Como no se presentó ninguna prueba concluyente en favor de esa hipótesis de la “migración selectiva”, el autor del presente artículo, desde hace algunos años, ha llegado a la convicción de que es indispensable el que se aborde el problema de un modo más directo. Los resultados de sus investigaciones —realizados con la colaboración de algunos estudiantes avanzados de la Universidad de Columbia— se presentaron en detalle en *Negro Intelligence and Selective Migration*, obra aparecida en 1935. Dos fueron los métodos principales que se utilizaron en ese estudio. El primero consistió en investigar si los negros emigrados manifestaban superioridad con respecto a los que habían permanecido en su región de origen. El examen atento de los archivos de las escuelas de muchas ciudades del Sur, y la comparación estadística detallada de las notas obtenidas en la escuela por los hijos de los emigrados, así

como otras circunstancias *no* revelaron diferencia apreciable entre los dos grupos. En otro término, no había nada que pudiera llevar a que se aceptase que quienes habían emigrado hubieran sido “seleccionados” en razón de la superioridad de sus aptitudes.

El segundo método consistió en estudiar de manera más directa la influencia de un medio superior —en este caso el de New York— con base en los resultados de las pruebas realizadas en niños negros venidos del Sur. En efecto, si el medio ejerce una influencia, ésta debe manifestarse en un mejor comportamiento frente a las pruebas, que debe estar, *grosso modo* en función directa del tiempo durante el cual esos niños hayan vivido en New York. Y éste ha sido precisamente el caso. Se sometió a un cierto número de pruebas a diferentes grupos de niños negros, hombres y mujeres; de un modo general se observó una correspondencia estrecha, no absoluta desde luego, entre la calidad de los resultados obtenidos y el tiempo durante el cual habían vivido en New York. En términos generales, los niños que habían vivido la mayor parte del tiempo en esta ciudad, obtuvieron resultados mejores que los que habían llegado poco antes del Sur. La conclusión que puede obtenerse de este hecho es clara y no puede dar lugar a equívocos en cuanto ha sido verificada por estudios análogos realizados en Washington y Filadelfia. Los resultados de esta última encuesta aún no se publican. La teoría de acuerdo con la cual las distinciones en los resultados de las pruebas disminuyen a medida que se borran las diferencias del medio es, por lo tanto, justificada. Nada hay que nos permita sostener una hipótesis distinta —como la de la migración selectiva— que pudiera explicar esos resultados de una manera igualmente válida.

Para los amerindios, las experiencias conducen a conclusiones un poco diferentes. De un modo general, los resultados de las pruebas realizadas con ellos son inferiores a los que se han obtenido con los negros. En promedio, la tasa de inteligencia de los indios es de cerca de 81 —resultado fácil de explicar o de comprender—. Desde luego, la situación material de la mayoría de los indígenas es inferior a la de otros habitantes; por otro lado, el medio y su cultura son tan diferentes de la de los blancos americanos, que no se puede admitir que sean del todo correctos los resultados obtenidos mediante pruebas que han sido formuladas pensando fundamentalmente en ellos. En fin, su mediocre conocimiento del inglés constituye para ellos un tropiezo y la necesidad de realizar un esfuerzo suplementario. Se ha comprobado, por ejemplo, que los niños indígenas obtienen mejores resultados frente a los *performance tests* (“escala de récords”), o sea, frente a aquellos en

los que el lenguaje no interviene, que frente a las pruebas o *tests* lingüísticos ordinariamente utilizados.

El profesor T. R. Garth, de la Universidad de Denver, recientemente fallecido, quería —colocándose en un punto de vista más positivo— determinar lo que sucedería con pequeños amerindios colocados en un medio superior. En 1935, publicó en el *Psychological Bulletin* un artículo breve sobre los niños indios adoptados y educados por padres blancos. Señala ahí que un grupo de niños educados en esa forma, alcanzó una tasa media de inteligencia de 102, lo que representa ciertamente un mejoramiento notable en relación con la tasa media de los indios que fue de 81. Este resultado constituye una prueba decisiva de la influencia del medio sobre las diferencias entre los grupos raciales, sin que quepa la posibilidad de que estos niños indígenas que vivieron en hogares de blancos fueran niños excepcionales. En efecto, si bien se puede lograr que las familias blancas tomen en sus casas a niños indígenas eligiendo a los particularmente dotados desde el punto de vista intelectual —lo que nos haría encontrarnos nuevamente con la teoría de la “selección” bajo una forma distinta y en un orden de ideas diferente—, el Profesor Garth quiso responder a la objeción haciendo que se realizaran igualmente las pruebas en los hermanos y hermanas de los niños examinados que no vivían en casa de los blancos, sino que continuaban haciéndolo en la “reserva”. La tasa de inteligencia de los niños fue de 87.5, lo que quiere decir que la superioridad de los niños educados en casa de los blancos era debida a las condiciones de vida más favorables en que se encontraban. Pero la prueba no es todavía completa.

Ahora bien, existen pruebas de otro orden que nos parecen enteramente convincentes. Se trata de un estudio realizado por el Profr. J. H. Rohrer, de la Universidad de Oklahoma, intitulado “The Tests Intelligence of Osage Indians”, publicado en 1942 en el *Journal of Social Psychology*. Los niños de los indígenas osages vivían en condiciones sociales y económicas absolutamente análogas a las de los niños blancos con quienes fueron comparados, gracias —en gran parte—, a la feliz casualidad de que en esa región que les había sido cedida como “reserva” por el gobierno de los Estados Unidos de América, se descubrió más tarde petróleo. Después del descubrimiento, estos indios llegaron a ser relativamente prósperos, y pudieron beneficiarse —tanto ellos como sus familias— de condiciones superiores de vida en comparación con las condiciones de que disfrutaban otras colectividades indígenas de América. Si se examinan los resultados obtenidos por el profesor Roh-

rer, teniendo en consideración estos hechos, resulta evidente lo dicho con anterioridad. Con la prueba "Dibujen a un hombre" de la señora Goodenough, que no es una prueba en la que intervenga el idioma, la tasa media de inteligencia de los niños blancos fue de 103, y la de los niños indígenas de 104. Con una segunda prueba —en la que interviene la lengua—, la tasa fue de 98 para los blancos y de 100 para los indios (diferencia tan débil que carece de significación práctica). En el caso que nos interesa, no hay duda de que desde que el medio en que viven los pequeños indios de América, les ofrece facilidades semejantes a las que gozan los blancos, su inferioridad aparente desaparece por completo.

Por otro lado, este resultado no se puede explicar por la selección. En efecto, el petróleo fue descubierto después de que la tierra les había sido dada. Estos indios, por lo tanto, no buscaron esta región, ni ejercitaron en realidad su libre arbitrio en cuanto a elegirla. Fue simplemente la suerte la que les dio facilidades que fueron rehusadas por otros. A ello se debe no solamente su éxito material, sino también su habilidad para resolver los problemas que plantean las pruebas de inteligencia. Es preciso concluir, ineludiblemente, que los pequeños indígenas de América, puestos en igualdad de circunstancias, alcanzan los mismos resultados que quienes no son indígenas.

Tal es la situación actual del problema. Resulta evidente el que todas las investigaciones emprendidas en este asunto permiten sostener que no existe ninguna prueba científica de la existencia de diferencias innatas de inteligencia debidas a la raza; que son las condiciones sociales y educativas ambientales las que explican mejor las diferencias observadas en los resultados de las pruebas, y que a medida que las circunstancias ofrecidas por el medio a los diferentes grupos raciales o étnicos tienden a igualarse, las diferencias observadas en los resultados de las pruebas tienden asimismo a desaparecer.

Se ha llegado a conclusiones análogas empleando otros métodos de examinar el problema de las diferencias psicológicas debidas a la raza. Se trata de la prueba referente a temperamento y a personalidad, siendo válidas al respecto las mismas consideraciones: los grupos difieren —entendámonos—, pero difieren evidentemente por las influencias culturales y sociales que han podido ejercerse sobre ellos, y no por razones de raza o por causas biológicas. Así, la teoría fundada en la existencia de elementos culturales en los caracteres raciales naturales de tal o cual grupo étnico, se derrumba frente a las siguientes consideraciones: la cultura puede modificarse, mientras que la raza permanece sin cambios;

la cultura misma puede encontrar en sus respectivas regiones diferentes grupos raciales y lo que puede parecer un elemento cultural importante para un cierto punto de vista, tal vez parezca menos significativo si se le observa desde otro ángulo. etc. Por lo mismo, los estudios relativos a las mezclas de razas no son concluyentes; porque es imposible demostrar que los individuos nacidos de una cruce de razas difieren por sus características psicológicas innatas de los individuos de raza "pura". En fin, nunca se ha probado que ciertos grupos raciales sean biológicamente más "primitivos" o menos evolucionados que otros.

Esto no quiere decir que la herencia no juegue ningún papel en la determinación de la conducta. Muy por el contrario, es fácil probar que se pueden distinguir los individuos y las familias por sus rasgos hereditarios así como por sus caracteres activos. Pero, en lo que concierne a los grandes grupos raciales, resulta que la gama de aptitudes hereditarias es sensiblemente la misma para un grupo que para otro. El hecho de que existan entre estos grupos diferencias de conducta evidentes no prueba el que estas ideas sean innatas.

Existen, por lo tanto, razones —si se consideran en conjunto los conocimientos científicos aceptados por la inmensa mayoría de los especialistas en ciencias sociales y en ciencias biológicas— para adherirnos a las conclusiones de la Declaración sobre los Problemas Raciales, publicada por la UNESCO:

"En el estado actual de nuestros conocimientos, el buen fundamento de tesis según la cual los grupos humanos difieren entre sí por rasgos psicológicos innatos, cuando se trata de inteligencia o de temperamento, no ha sido comprobado todavía. Las investigaciones científicas revelan que el nivel de las aptitudes mentales es más o menos el mismo en todos los grupos étnicos".

O sea, que la ciencia se coloca claramente, y sin equívoco, del lado de aquellas tesis que sostienen que toda acción política o social fundada en el racismo es absolutamente injustificada.